



LA VERDADERA TORTUGA

El Gran Visir mandó buscar al santo Antonio para ofrecerle el cargo de Gran Canciller. Había oído a los comerciantes de camellos y especias de Oriente muchas historias sobre su bondad, sabiduría y poder. Quería contar con su consejo. Así que una guardia personal emprendió la ruta del desierto.

Al llegar al oasis donde moraba el santo vieron a un hombre casi desnudo en el agua. Lavaba la única saya que tenía por vestido. Su aspecto era demacrado y desaliñado. No parecía que fuera un santo, tal y como lo contaban los viajeros. Pero no podía ser otro. El oasis era tal y como lo habían detallado y se encontraba en el sitio detallado.

Así que se presentaron a la orilla del estanque y le ofrecieron a Antonio los preciosos regalos del Gran Visir. El ermitaño escuchaba con serenidad. Cuando los soldados le pidieron que les acompañara para vivir en el palacio de la ciudad de Damasco, el santo estalló en risas. Los emisarios se quedaron extrañados y un poco molestos. Entonces Antonio les dijo:

- ¿Veis esa tortuga maloliente que se revuelca en el barro? He oído que vuestro jefe tiene una hermosa tortuga disecada con su caparazón cubierto de oro y su cabeza tocada con hermosos brillantes. Le ha construido un altar y sus súbditos la veneran como a una diosa. ¿Creéis que la tortuga del estanque la podría sustituir?

- ¡Por supuesto que no! –dijeron los soldados.

- Id a avisar al Gran Visir que el día que sepa renunciar a la diosa Tortuga por una tortuga verdadera, yo estaré dispuesto a ponerme a su servicio. Mientras tanto, prefiero permanecer pobre y vivo que acabar lleno de joyas y disecado.

Para profundizar

Los seres humanos solemos actuar así: matamos a los dioses, los disecamos y los llenamos de joyas. Entonces organizamos peregrinaciones y rituales. Pero la religión queda vacía.

- ✓ Identifícate con las dos tortugas del cuento. Imagina todas las cosas que pasarían en una jornada cualquiera de su época. La diferencia: una está muerta y la otra viva. ¿Te das cuenta?

El Señor es un Dios de vivos y no de muertos (Marcos 12, 27)

